

DON PACO MONTTOYA

Iniciamos en esta columna, con la sabia colaboración de miembros muy distinguidos de la Academia de la Historia, una serie de biografías para recordar y rendir homenaje a los científicos colombianos que contribuyeron con su inteligencia, obras y sacrificios, al estudio de nuestra naturaleza y a la exaltación y difusión de la cultura.

Esta primera página, dedicada a Don PACO MONTTOYA, ha sido escrita por el doctor LUIS MARTINEZ DELGADO, historiador que une a su vasto saber, el patrimonio bien demostrado de su probidad y espíritu de justicia, y de su veneración a los próceres colombianos.

N. de la D.

A mediados del siglo pasado, y no pocos años después, viajar de Colombia a Europa, cuando no existían los modernos sistemas de transporte, constituía casi una hazaña para los pocos que podían disponer de tiempo y de recursos. Viajar a lo largo del río Magdalena en embarcaciones más que deficientes, sujetas al lento correr de las aguas, o navegar por el Dagua o por caminos peligrosos en busca del llamado entonces puerto de la Buenaventura, era una proeza, según crónicas de viajeros de entonces. No obstante la belleza del paisaje tropical la esperanza era llegar con vida y salud al lugar de destino.



A. SAAVEDRA J.

FRANCISCO MONTTOYA M.

1850 - 1922

Sabio naturalista e institutor benemérito a quien la juventud colombiana enalteció como MAESTRO.

En la época a que nos referimos se trasladaron a Londres don Andrés Montoya Sáenz y su señora doña Matilde Montoya Santamaría, pertenecientes a rancias familias de Colombia. El señor Montoya Sáenz dirigía en la capital inglesa los negocios de la firma granadina "Montoya Sáenz & Compañía" que fundó la factoría de los antiguos y famosos cigarros de Ambalema e incrementó la navegación en el Magdalena entre otras empresas comerciales importantes.

En Londres, el 26 de junio de 1850, nació del matrimonio de don Andrés y de doña Matilde un niño a quien bautizaron con el nombre de Francisco, el mismo de su abuelo. Hermanos de Francisco fueron Ricardo, ingeniero que trabajó en la construcción del ferrocarril de Puerto Berrio a Medellín con Cisneros, Guillermo y dos mujeres que ingresaron a la comunidad religiosa de las Hijas del Buen Pastor que tuvieron a su cargo la rehabilitación de reclusas en Bogotá. De Ricardo Montoya desciende la familia de los Montoya Pontón y de Guillermo la de los Montoya Posse.

No conocemos la fecha exacta, pero sí hemos comprobado que en 1856, Francisco fue traído a la Nueva Granada y en Bogotá fue confiada su primera educación a don Ricardo Carrasquilla que regentaba el Liceo de la Infancia. Años más tarde entró al Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario en donde concluyó sus estudios secundarios, distinguiéndose en ciencias naturales en las cuales obtuvo la más alta calificación bajo la sabia dirección de nadie menos que de don Ezequiel Uricoechea.

De los claustros rosaristas pasó Francisco, contando con una sólida formación moral e intelectual, a la Escuela de Medicina de la Universidad Nacional en donde tuvo condiscípulos de la talla de José María Lombana Barreneche, Juan David Herrera, Josué Gómez, Abraham Aparicio y otros que más tarde ocuparon lugar destacado en el campo de la ciencia.

Separada la Escuela de Medicina de la de Ciencias Naturales, Francisco Montoya recibió, en 1871, el grado de profesor en ciencias naturales al mismo tiempo que sus compañeros Luis María Herrera Restrepo, Nicolás Sáenz y Carlos Michelsen. Fueron estos los primeros títulos profesionales otorgados sobre la materia por la Universidad Nacional.

No bien hubo el doctor Montoya abandonado los claustros universitarios, dio comienzo a su brillante carrera de maestro de la juventud. De estudiante pasó, con título profesional bien ganado, a profesor en la Facultad de Medicina. Regentó cátedras en la Escuela Normal, en la Escuela Nacional de Comercio, en el Liceo Mercantil, en la Facultad de Ingeniería de la Universidad Nacional y en otros establecimientos de enseñanza secundaria y profesional.

Con verdadera vocación y con un altísimo concepto del cumplimiento del deber, olvidado por completo de prebendas y de honores merecidos, adoctrinó el doctor Montoya a varias generaciones durante cincuenta años, es decir, hasta el año de 1921, cuando celebró con su habitual modestia y con el beneplácito de sus conciudadanos y de sus numerosos discípulos, sus bodas de oro profesionales en la cátedra y en el ejercicio de su profesión. En ese año se hizo memoria del Colegio Montoya, fundado y sostenido por él, que funcionó en Bogotá entre los años de 1891 y 1897. Este colegio en su corta vida funcionó con un concepto de servicio noble y no de lucro, distanciado del criterio que en años por venir habría de imponerse en muchos establecimientos de educación primaria, secundaria y profesional de iniciativa particular. El Colegio Montoya tuvo la misma orientación de otros planteles como el Liceo de la Infancia de don Ricardo Carrasquilla, el Colegio del Espíritu Santo de Lorenzo María Lleras, el Colegio de don Víctor Mallarino, el segundo Colegio del Espíritu Santo de Carlos Martínez Silva y Sergio Arboleda, el Liceo Mercantil de Antonio Ramírez y Manuel Antonio Rueda y varios otros que no sería difícil enumerar.

Al doctor Montoya se debe la fundación de la Universidad Republicana en el año de 1890, en unión de los doctores Manuel Antonio Rueda Jara y José Herrera Olarte. Esta Universidad contó con facultades de derecho, ingeniería y ciencias naturales. También fue el doctor Montoya uno de los fundadores de la Sociedad de Naturalistas de Colombia, en 1870, y de la Sociedad Colombiana de Ingenieros en 1887.

En el campo de la ciencia debe recordarse siempre el valioso aporte del doctor Montoya. Fue inventor de un original planisferio celeste movable, arreglado de acuerdo con el meridiano de Bogotá, que facilita estudiar las constelaciones visibles en determinado momento y resolver numerosos problemas de astronomía mediante fórmulas al alcance de profanos en la materia. Este planisferio, publicado por el doctor Montoya en 1887, es una verdadera curiosidad. Tenemos informes de que se conserva en el Instituto Codazzi.

No menos interesante es el ureómetro inventado por el sabio profesor en 1897, notable por su exactitud para dosificar la úrea y por su fácil manejo. Este instrumento, según conceptos autorizados, es de los pocos aportes colombianos a la técnica mundial de laboratorio.

El avance desconcertante de la ciencia no le resta mérito al planisferio ni al ureómetro. De lo contrario sería preciso relegar al olvido inmerecido muchos nombres ilustres que permitieron los progresos continuos de la ciencia, sujeta a necesaria y continua evolución.

No menos interesante fue la colección de minerales de Colombia formada por el doctor Montoya con paciente trabajo. Desgraciadamente lo más valioso de la colección desapareció en el criminal incendio del Museo de Ciencias Naturales del Colegio de La Salle, el 9 de abril de 1948. Una parte mínima de la colección conserva con devoción filial el doctor Luis Montoya Largacha, hijo de I doctor Montoya.

No fue el Profesor Montoya escritor en el sentido exacto del vocablo, pero manejaba la pluma con soltura y elegancia como lo comprueba el discurso que pronunció con motivo de la clausura de estudios en la Universidad Nacional, en 1879. Este discurso se recomienda no sólo por su factura literaria sino por las anotaciones que contiene sobre la necesidad de emplear los recursos de la ciencia en la agricultura.

Llamó la atención el profesor Montoya sobre la necesidad de adelantar el desarrollo industrial del país sobre bases técnicas, apartándose de toda improvisación y contando ante todo con la paz nacional quebrantada por frecuentes guerras fratricidas que, valga la verdad, se apartaban profundamente de la violencia criminal que en años posteriores ha venido azotando a la república.

Si las observaciones y consejos del sabio profesor hubieran sido atendidos muchos dislocados esfuerzos y pérdidas de vidas y recursos se habrían evitado.

Con cuánta razón dijo entonces el doctor Montoya: "¡Qué beneficios no traen a nuestro país el estudio razonado y científico de la agricultura! Si el que confía sus intereses a la tierra supiera buscar en los datos que suministra la química, la geología, la meteorología, la seguridad necesaria para aumentar y mejorar sus productos; si no confiara las semillas al suelo antes de saber si éste es propio para recibirlas; si estableciera las siembras en rotación conveniente de manera que la una devolviera a la tierra lo que la otra le quita; si empleara los abonos propios para cada clase de producto o terreno, o las mejoras que éstos requieren, según su composición, cuántas pérdidas no se evitarían, cuánto trabajo infructuoso, cuánta ruina!".

Anotó, además, a la necesidad apremiante de no atenerse los colombianos al monocultivo como única fuente de riqueza y, para el efecto, indicó la conveniencia del cultivo del algodón señalando como uno de los mejores el llamado *lengupa*, notable por la calidad de su fibra que fue empleada, según expertos en la materia, en la fabricación de los ornamentos sagrados que sirvieron para la celebración de la primera misa en Santafé. Además del algodón, que es una riqueza efectiva, el doctor Montoya esbozó en su discurso un programa sobre explotación de nuestras riquezas minerales en general y de las salinas de Zipaquirá en particular, refiriéndose de paso a la conveniencia de darle impulso a la industria del ácido sulfúrico y de la siderúrgica, que hoy son una realidad.

Ciertamente el doctor Montoya fue ilustre como hombre de ciencia y como ciudadano. Militó en las filas del partido liberal y sirvió a su causa política con desinterés, con abnegación y con absoluto desconocimiento de todo sectarismo. Nunca recibió de sus copartidarios distinciones que hubieran posiblemente interferido su consagración al estudio y su afán por adoctrinar a la juventud.

Modelo fue también como hombre de hogar. El 24 de septiembre de 1884, contrajo matrimonio con doña Mercedes Largacha, hija del doctor Froilán Largacha cuyos restos mortales guarda en preciosa urna cineraria Popayán, su ciudad natal, en el Panteón que honra a los varones notables de la capital del Cauca. Bien sabido es que el doctor Largacha, en su calidad de ministro del tesoro residente en Bogotá y de acuerdo con la ley del 9 de febrero de 1863 que organizó provisionalmente el gobierno de la Unión Colombiana, formó parte del ministerio integrado por cinco ministros, que ejerció el poder ejecutivo a partir del 10 de febrero del año citado. Este gobierno plural fue creado por la Convención de Rionegro mientras se expedía la nueva Constitución de la república. Posteriormente la Convención aprobó una disposición transitoria en virtud de la cual el presidente de la república sería elegido por la misma corporación. En la elección triunfó el general Tomás Cipriano de Mosquera en competencia con el general Eustorgio Salgar, Manuel Murillo Toro y Juan José Nieto. En el gobierno plural, de carácter transitorio, acompañaron al doctor Largacha en su calidad de ministro del tesoro, el general Santos Gutiérrez, ministro de lo interior; el general José Hilario López, ministro de relaciones exteriores; el general Eustorgio Salgar, ministro de hacienda y el general Mosquera, ministro de guerra.

Doña Mercedes de Montoya descendía de los Largachas, originarios de Arciniega, en Alava, tronco de don Manuel de Largacha y de doña Juana Angulo y Gorbea, que vinieron de España a Popayán a mediados del siglo XVIII. Era sobrina de doña Bartola, madre del general Julián Trujillo, ex-presidente de la república, cuyos restos reposan también en el panteón de Popayán.

La descendencia del doctor Montoya es numerosa, pues, aparte de la línea recta de la sangre, descienden también de él en el campo de la ciencia muchos colombianos que han ocupado lugar distinguido entre sus conciudadanos. Basta citar para el efecto a Ricardo Lleras Codazzi, Jorge Martínez Santamaría, Federico Lleras Acosta, Jorge Ancizar Sordo, Antonio María Barriga Villalba, Julio Aparicio y José Vicente Azcuénaga. Otros, que no fueron sus discípulos directos, sí lo son por haber recibido sus enseñanzas de quienes oyeron las sabias lecciones del docto profesor y maestro. Entre éstos mencionamos al profesor Luis María Murillo, sabio entomólogo, cuyos trabajos científicos han traspasado los linderos de la patria.

La vida del doctor Montoya se presta como pocas para escribir un denso volumen que recoja en sus páginas la historia de un gran colombiano que consagró su tiempo y sus energías a la educación de la juventud y a la patria que en vida le rindió al sabio modesto honroso homenaje cuando la Asamblea de estudiantes le otorgó el merecido título de maestro de la juventud, el 20 de septiembre de 1920.

Vencido más que por los años por un intenso trabajo, el doctor Montoya falleció en Bogotá el 18 de agosto de 1922. El Congreso Nacional expidió la ley 53 del mismo año que ordenó que un retrato al óleo del maestro fuera colocado en el salón de actos de la Facultad de Medicina y Ciencias Naturales de la Universidad Nacional, y recomendó su vida y sus virtudes como dignas de imitarse.

Quien estos apuntes escribe conserva vivo en su recuerdo la figura del doctor Montoya, de Don Paco, como lo llamaban sus amigos y discípulos. Pulcro en el vestir, afable en su trato, pausado al caminar, todo en él revelaba al gran patriota, al hombre de ciencia.

LUIS MARTINEZ DELGADO